

Cartas de Mujeres. La vocación*

A la R. M. Dupont, superiora del Colegio de ***
Presente

Inolvidable madre:

¡Para qué me dejó usted salir a vacaciones!

¡Recuerda cómo me resistía y todo lo que le dije! Pero usted se empeñó, afirmando que mi vocación era verdadera, yo volvería al Colegio después de haber burlado todas las asechanzas del mundo... ¡Y nada que las burlé, madre de mi alma!

Quiero confesarme con usted como lo haría con el padre Lara, con más confianza aún si es posible, y usted me dirá si tengo remedio todavía. Yo creo que ya no lo tengo.

¿Se acuerda de mi primo Alfonso, el que iba todos los domingos a verme, y que le parecía a usted tan simpático y tan ilustrado? Pues esa buena alhaja tiene la culpa de todo lo que me pasa. ¡Y pensar que le di en el colegio tantos buenos consejos y que le regalé santitos y tantas alegrías!

Lo peor es, madre, que nadie le gana a hipócritas: “¿Vamos a misa Alfonso?”, le decía yo todas las mañanas. —“Vamos, prima” —“Así Dios bendecirá tu trabajo”. —“Sí, prima”. ¡Y ahí lo tiene usted, madre de mi alma, oyendo misa

* Amado Nervo, *Prevostito*, “Cartas de Mujeres. La vocación”, *El Mundo. Edición Diaria*, t. v, núm. 810 (6 de diciembre de 1898): 2.

con una devoción de san Luis Gonzaga! Como siempre ha sido tan calaverón, yo no cabía en mí de gusto de verlo tan enamorado; ni una copa tomaba ya; ¿lo pasa usted a creer? —“Sóplame un ojo, Alfonso”, le decía yo cuando íbamos a comer, y nada madre, su aliento olía a pastillas de violeta, que tenía buen cuidado de usar; pero vino ni para remedio... —“Virgen santísima”, pensaba yo, “¡gracias porque me has permitido convertir a mi primo!”.

¡Y ahí tiene usted que él fue quien me convirtió!
¡Mosquita muerta!

Cuando hubo rezado conmigo más de una docena de rosarios, otra de misas y lo menos 24 coronas a la Virgen, se creyó suficientemente autorizado para hacer de las suyas, y empezó a enamorarme con un tesón... que si le digo. Yo lo regañaba, pero él me respondía: —Tú estás destinada acaso a hacerme bueno Emilia; allá te lo hayas si me dejas; ¡te aseguro que vuelvo a la copa y a lo demás!”. Y ahí me tiene usted sin saber qué hacer. Dupliqué las misas y los rosarios, y el pobre no se rebeló; reza que reza: —“Dios te salve, María”, ¡pero apenas acabábamos, vuelta a las andadas!

¿Qué quería usted que yo hiciera, madrecita linda? ¿Consultar con Dios nuestro Señor?, pues cabalmente eso hice. Me arrodillé delante del Sagrado Corazón y le dije, toda llena de angustia: —“¿Señor, qué hago yo con Alfonso? Si le digo que sí, adiós vocación y... y si le digo que no... ¡vuelve a las copas, Sagrado Corazón!”.

Y el Sagrado Corazón, madre, nada me respondía, pero yo sentía dentro cierto júbilo, algo que me indicaba que no estaba enojado conmigo, que él, que arde en amor inmenso por los hombres, no podía indignarse porque yo quería a uno... ¡más de lo regular!

El caso es que un día no pude ya dominarme y —¡No se enoje usted conmigo!— le dije a Alfonso que sí. Después lloré mucho y vuelta con el Sagrado Corazón y entonces, madre, se lo juro a usted, oí clarito que me decían dentro del alma: “¡Cásate!”. ¡Sería ilusión del demonio! ¡Ay!, no lo quiera Dios, porque ahora ya está todo arreglado para enero, ¿y yo no puedo faltar a mi promesa?...

Contésteme, madre querida, tranquilíceme, consuélame; ¿verdad que no hice mal? Usted me dijo muchas veces que no estaba el mérito en el estado, sino en la perfección del estado... ¿Pues por qué no he de ser yo una buena casada? Sobre todo, piense que si no me caso, Alfonso vuelve a las copas y a lo demás. ¡Cómo se ha de perder un alma tan hermosa, porque haya una monja más, madre Dupont! Eso no es justo.

Su hija que la quiere con toda el alma. —Emilia

Prevostito